CAPÍTULO II.

SEGUNDO PERÍODO DE LA REVOLUCION.

MORELOS.

Estado de la insurreccion despues de la muerte de Hidalgo y de Allende.—La Junta de Zitácuaro y su programa.—El cura Morelos.—Asalto de Zitácuaro.—Sitio de Amilpas.—Victorias de Morelos.—Sitio de Acapulco.—Rasgo sublime de Nicolás Bravo.—Batalla de Palmar.—Primer Congreso mejicano.—Derrotas de Morelos.—Cae prisionero Morelos y es fusilado en Méjico.

I.

La muerte de Hidalgo y de Allende irritó, en vez de intimidar, á sus partidarios: la causa de la Independencia volvió á renacer con nuevos brios, bajo el enérgico impulso de Morelos, y se estendió, como el incendio avivado por un violento huracan, á gran número de provincias, presentándose en todas partes jefes valerosos que reconocian la supremacía del cura generalísimo. Pero inmediatamente despues del fusilamiento de los primeros jefes y antes de que Morelos se presentára en escena, hubo un corto período de confusion y desconcierto.

La victoria ganada por Calleja en el puente de Calderon, la retirada de Allende é Hidalgo hácia los Estados-Unidos y su prision y muerte, dejó todos los elementos revolucionarios sin cabeza, sin centro alguno de operaciones, sin un poder que pudiera ordenar y dirijir sus movimientos. De aquí resultó que la guerra continuó haciéndose en todas partes sin plan alguno, sin ningun acuerdo entre los jefes, y aun puede decirse que sin ningun objeto. Las tropas reales, poco numerosas para hacer frente y perseguir en todas partes á las bandas de insurrectos que se multiplicaban como por encanto, tampoco podian seguir un plan regular de operaciones por lo mismo que el enemigo no lo tenia. A medida que la revolucion se hacía más estensa y general, la guerra vino á ser más cruel y sangrienta por una y otra parte: los insurgentes daban muerte á todos los españoles que podian haber á las manos; por su parte los comandantes de las tropas reales lo hacian igualmente con todos los jefes ó cabecillas, como se los llamaba, con muchos de los prisioneros, ó con los que en los pueblos eran afectos á aquellos ó se entendia que les prestaban auxilios.

Para seguir con órden el curso de los acontecimientos que abraza el segundo período de la guerra, conviene que examinemos el estado de cada una de las provincias antes de la aparicion del cura Morelos. Sonora y Sinaloa, litorales del mar del Sur y golfo de California, quedaron en completa tranquilidad; las provincias intermedias entre ambos mares permanecieron tambien tranquilas; Tejas y Coahuila se conservaron en sosiego hasta que un nuevo impulso, nacido en los Estados-Unidos, vino otra vez á turbarlas. En el Saltillo quedaba el licenciado Rayon con las fuerzas que le dejó Allende, que ascendian á tres mil quinientos hombres, con veintidos cañones de todos calibres; y este, que podia considerarse como el principal ejército de los independientes en aquella época, tanto por su fuerza como por estar á su cabeza el jefe que habia sido nombrado por Allende é Hidalgo para sucederles, aumentó sus fuerzas con el contingente que despues le llevó Iriarte.

En Zacatecas, que continuaba en poder del Gobierno, habia quedado una fuerte guarnicion, y en la provincia no habia por entónces partidas que pudiesen dar cuidado; pero en la de Guanajuato, apénas salió de ella el ejército real para Guadalajara, se comenzaron á levantar guerrillas con jefes oscuros y desconocidos. Propagada la insurreccion por las riberas del rio de Tampico hasta la costa, se hallaba en movimiento toda la Serranía de la Huasteca, que comprende parte de las provincias de Veracruz y Méjico, dándose la mano con las partidas que ocupaban la Sierra Gorda, y con las que se habian levantado en los llanos de Apan al Norte de la capital. En Mechoacan, el Gobierno no poseia más que su capital, la ciudad de Valladolid, pues toda la provincia se habia mantenido en insurreccion, y despues de la batalla del puente de Calderon habian vuelto á ella varios de los jefes que estaban dispersos.

Un año habia trascurrido desde que la revolucion comenzó, y parece increible que

en tan corto período hubiese cundido tan rápidamente, asolando las provincias más ricas de Nueva España. En este breve espacio de tiempo habian desaparecido de la escena todos los que dieron el primer impulso al movimiento, muertos los unos á manos de sus mismos compañeros, pocos en los campos de batalla, casi todos en los cadalsos. En los seis primeros meses despues de la muerte de Allende é Hidalgo, la guerra se redujo á una multitud de pequeñas escaramuzas, en las que los independientes solian llevar la peor parte, pero cuyas derrotas no aprovechaban gran cosa á la causa real. Entretanto el país continuaba infestado de guerrillas que interceptaban las comunicaciones, sorprendian los convoyes, talaban y saqueaban las haciendas, y tenian en contínuo movimiento á las tropas del virey. Las principales ciudades seguian reconociendo la autoridad de éste; pero el ejército de Calleja no recibia ningun refuerzo, y aunque no pasaba dia sin que los independientes y los realistas vinieran á las manos, no se divisaba el término de aquella sangrienta lucha.

II.

Rayon fué el primero que comprendió la necesidad de reunirse todos los jefes independientes, que una coalicion era el único medio para competir con las fuerzas reales, y que era indispensable regularizar la insurreccion constituyendo un gobierno, ó Junta, ó centro directivo. Bajo la influencia de esta idea política se creó la primera Junta nacional, compuesta de cinco miembros, nombrados por los propietarios de los distritos y los mayores contribuyentes de las ciudades. La Junta se estableció en Zitácuaro, en aquella parte de la provincia de Valladolid donde los insurgentes contaban mayor número de partidarios que en las demás provincias de Méjico.

El programa de esta Junta, que sirvió de base á la famosa declaracion de Iguala, adoptada por Itúrbide diez años más tarde, espresaba el reconocimiento de Fernando VII como soberano de Méjico. Estraño parece que se quisiera llegar á la independencia por este camino; pero hay que tener en cuenta la posicion escepcional de los primeros revolucionarios, que no les permitia ser esplícitos y francos. Loables son ciertamente la sinceridad y la franqueza, así en la vida pública como en las relaciones privadas; pero tales cualidades perjudican más bien que favorecen, cuando se quiere trasformar el estado político y social de un pueblo habituado á ciertas instituciones, y que ha permanecido largo tiempo en la ignorancia. La inércia de las masas y su falta de ilustracion, es siempre el gran obstáculo que se opone á los proyectos de todos los reformadores: el entendimiento de la muchedumbre se ofusca ante el esplendor de las grandes verdades, por cuya razon las minorías inteligentes se ven obligadas á iniciar toda reforma provechosa y toda solucion salvadora, ocultando el objeto final á que se dirijen. Quien ha vivido siempre entre las tinieblas de la ignorancia y bajo el yugo de un despotismo brutal, sólo gradualmente puede acostumbrarse á la libertad y al goce de los derechos políticos.

No se adelantó mucho, sin embargo, en el designio principal de Rayon con el establecimiento de la Junta. Aunque los adictos á la revolucion en la capital, que se formaban de ella unas ideas teóricas muy contrarias á la realidad de los hechos, se lisonjearon con que habia ya un Gobierno nacional que sería universalmente reconocido, los que andaban con las armas en la mano estuvieron léjos de prestarle este reconocimiento. Algunos, como los Villagranes, no sólo no obedecieron á la Junta, sino que se pusieron en hostilidad contra ella; otros, como Albino García, para quien «no habia más junta que la de dos rios, ni más alteza que la de un cerro,» se mantuvieron independientes; lo mismo hicieron otros muchos, y aun los mismos individuos de la Junta acabaron por chocar y hacerse la guerra entre sí. En cuanto á Morelos, para ganarlo, la Junta se lo asoció nombrándolo cuarto individuo de ella; y como se manifestaba descontento de la superchería de seguir gobernando en nombre del rey Fernando VII, cuando las miras que se tenian eran las de la independencia, Rayon y sus compañeros se disculparon diciendo, que habian adoptado tal política como una necesidad del momento y como un sacrificio á las preocupaciones populares.

Por lo demás, el manifiesto que la Junta dirijió al virey en Marzo de 1812, redactado de una manera templada, denota un conocimiento exácto de las circunstancias. Empieza por una pintura verdadera de las calamidades del país y de los horrores de la guerra civil; protesta con energía contra la bárbara costumbre de fusilar á los prisioneros; manifiesta el espíritu de los soldados criollos, que tarde ó temprano abandonarian la causa de los españoles para unirse á sus compatriotas; intenta probar la ineficácia de las medidas de rigor adoptadas contra los independientes, por los progresos siempre crecientes de la revolucion, y termina formulando proposiciones de arreglo. Estableciendo en principio la igualdad de derechos entre el español americano y el español de Europa, deduce por consecuencia que Méjico debe tener sus Córtes como España, durante la cautividad del monarca; pide que los europeos dimitan sus empleos y consientan en la reunion inmediata del Congreso; promete que continuarán pagándose los antiguos sueldos, que las personas y las propiedades serán respetadas, que los españoles disfrutarán los mismos privilegios que los indígenas; y se compromete finalmente á reconocer á Fernando como rey de Méjico, á condicion de que resida en él, y ofrece ayudar á la Península en su lucha con los franceses y asistirla con sus tesoros.

Estas proposiciones, que merecian al ménos ser discutidas, fueron acojidas por el virey Venegas con el mayor desprecio. Mandó quemar públicamente el manifiesto de la Junta por mano del verdugo; pero esta venganza pueril, hizo que se manifestáran las simpatías de los criollos, escitados por los triunfos de Morelos, cuya vida militar es uno de los episodios más interesantes de la revolucion mejicana.

III.

Don José María Morelos, cura de Nucupétaro y de Carácuaro, nació en la ciudad de Valladolid de Mechoacan, á la que por esta circunstancia, tambien se dió despues el nombre de Morelia. Fué su padre un pobre carpintero, y su madre era hija de un maestro de escuela de la misma ciudad, y por ambos orígenes procedia de una de las castas mezcladas de indio y negro. En la primera y mayor parte de su edad ejerció el oficio de vaquero, y á los treinta y dos años emprendió la carrera eclesiástica, no haciendo sino los estudios más precisos para poderse ordenar, estudiando filosofía de dia y moral de noche en el colegio de San Nicolás de Valladolid, bajo la direccion del cura Hidalgo, que era entónces rector de aquel establecimiento.

Estaba en su parroquia, cuando supo que su antiguo maestro se dirijia de Valladolid á Méjico, en Octubre de 1810. Fué á buscarle, conferenció con él, y el resultado de esta entrevista fué que Hidalgo le nombrára su lugarteniente, comisionándole para que propagára la insurreccion en las comarcas del Sur. Partió Morelos de Valladolid, llevando por toda escolta algunos criados armados con fusiles y lanzas. El primer refuerzo que le llegó fue una banda de esclavos negros que se habian escapado de Petatan y de algunas otras ciudades inmediatas, deseosos de conquistar su libertad en los campos de batalla; y despues se le fueron agregando gran número de jóvenes indios, inhábiles para el ejercicio de las armas, pero robustos y llenos de ardor.

Cuando tuvo á sus órdenes un millar de hombres, intentó dar un golpe de mano sorprendiendo el campo realista. Tal empresa era temeraria con soldados tan bisoños y tan mal armados; pero la noche y la fortuna le sirvieron, y el éxito fué completo. Los realistas huyeron, dejando entre sus manos ochocientos fusiles, cinco cañones, mucho oro y dinero, y setecientos prisioneros. Trató á éstos con gran humanidad, lo cual por desgracia no volvió á reproducirse; pero que por de pronto, valió á Morelos más partidarios que su victoria. Maravillosa fué desde este momento la rapidez de sus triunfos. De todos los puntos de Méjico le llegaron hombres de corazon y de talento, entre los cuales deben citarse Galiana, el cura Matamoros y toda la familia Bravo, compuesta del padre y dos hijos: uno de éstos, llamado D. Nicolás, tuvo la suerte de presenciar el triunfo de su causa y de ocupar la primera magistratura de su país.

IV.

El año 1811 se pasó en pequeños combates y escaramuzas, cuya narracion sólo podria interesar á los mejicanos, y en los que solia llevar Morelos la mejor parte. La insurreccion se estendia á lo léjos, presentándose á las mismas puertas de la capital, puesto que la vanguardia de Morelos se adelantó hasta San Agustin de las Cuevas, situado á tres leguas de Méjico. Entónces fué cuando Calleja, dejando las provincias del Norte, vino á defender la capital, y obligó á los insurgentes á retirarse á la ciudad de Amilpas, que fortificaron apresuradamente. Algunos dias antes, el general español habia espulsado la Junta de Zitácuaro. No le detuvieron ni las dificultades de un terreno montuoso, ni la fatiga de sus tropas que habian atravesado largas distancias á marchas forzadas. Zitácuaro fué tomada por asalto el 2 de Enero de 1812, y tratada con una barbárie de que la guerra civil no habia ofrecido todavía tan deplorable ejemplo: las casas fueron quemadas, las murallas derruidas, los habitantes diezmados; sólo se salvaron de la ruina general las iglesias y los conventos.

Despues de esta sangrienta espedicion, Calleja marchó sobre la capital, donde inspiró tanto temor como los insurrectos; pero salió de ella inmediatamente, con grande satisfaccion del virey, para atacar la pequeña ciudad de Cuantla Amilpas. Pero no se trataba ya de Zitácuaro: en Amilpas estaba lo mejor de los insurgentes; allí se habian reunido jóvenes oficiales patriotas, que empezaban á darse á conocer. Los ataques de Calleja fueron rechazados: en uno de los asaltos que dieron las tropas reales, Galiana hizo prodigios de valor y salvó la vida á Morelos, que se espuso como el último de los soldados; D. José María Fernandez, llamado despues el general Victoria, demostró ser uno de los jefes más brillantes y más bravos del ejército. Intentó Calleja un asalto general, y fué rechazado con pérdida de quinientos hombres. Viendo Galiana, que mandaba la plaza, á un coronel enemigo á poca distancia de los suyos, salió solo y le desafió á singular combate: este duelo, que recuerda las costumbres caballerescas de la Edad media, se verificó en presencia de los dos ejércitos; el español quedó muerto, y el triunfo de Galiana redobló la energía de los sitiados.

Desalentado Calleja por lo infructuoso de sus tentativas, resolvió poner un sitio formal á la plaza. Pidió artillería y municiones á Méjico. El general realista Llano vino á aumentar sus fuerzas abandonando el sitio de Izucar, defendido con éxito por Guerrero. Este jefe habia empezado gloriosamente su larga y peligrosa carrera: tenia ya más de cincuenta heridas, recibidas por la causa de la independencia, y salvó su vida casi por milagro en el sitio de Izucar. Estaba durmiendo, abrumado de fatiga, cuando una bomba cayó sobre la casa, atravesó el techo penetrando en el cuarto que ocupaba, y rodó hasta debajo de su mismo lecho donde estalló. Todos los que se encontraban en el aposento quedaron heridos escepto Guerrero.

El sitio de Amilpas es célebre en la historia de la guerra de la Independencia por la vigorosa defensa de los insurgentes. No ignoraba Morelos que todos sus esfuerzos serian inútiles para salvar la plaza; pero sabía que Méjico entero tenia fijas allí sus miradas, y quiso crearse admiradores y nuevos partidarios, poniendo de manifiesto la heróica bravura, la firmeza de alma y la adhesion sin límites de los patriotas que mandaba. Procuró tambien prolongar el sitio hasta el principio de la estacion lluviosa, tan insalubre en la *Tierra caliente* donde Cuantla está situada. Calleja por su parte, sabiendo que se encontraba bajo la influencia de un clima mortífero, se apresuró á tomar la plaza á toda costa; y desgraciadamente para los mejicanos, encontró un aliado poderoso en la misma ciudad.

Como no hubo tiempo de aprovisionar la plaza antes del sitio, segun las reglas ordinarias de la guerra, el hambre hacía horribles estragos, y la falta de agua se dejaba sentir de una manera no ménos cruel. Un gato costaba seis duros, y dos una rata: por todo alimento tenia la guarnicion una pequeña racion de maiz. Cuéntase que acertando á pasar un buey entre los dos campos, con el anhelo de apoderarse de él trabaron una escaramuza los sitiados y los sitiadores: ya los primeros lo tenian en su poder, cuando la vanguardia española quiso recuperarlo, y todas las divisiones fueron entrando sucesivamente en línea, tomando parte en la pelea que llegó á convertirse en batalla general encarnizada.

Agravándose cada dia esta situacion precaria, fallaron los cálculos de Morelos: las enfermedades disminuian rápidamente sus fuerzas; para salvar el resto y no comprometer la causa de la independencia resolvió evacuar la ciudad, y la abandonó en efecto en la noche del 2 de Mayo. Con tal sigilo se verificó la retirada, que sus columnas pasaron bajo las baterías del enemigo sin que éste sospechára su marcha. Los independientes llegaron á Izúcar, no habiendo perdido mas que diez y siete hombres, en cuyo número se encontraba desgraciadamente el comandante de la vanguardia, don Leonardo Bravo, que cayó en manos de los realistas. Esta pérdida fué vivamente sentida, porque Bravo era uno de los patriotas más enérgicos y más sinceramente adictos á la causa de la independencia.

Calleja no se atrevió á penetrar en la ciudad hasta muchas horas despues de la partida de Morelos, temiendo una sorpresa ó una emboscada. Una vez dentro, se vengó de la resistencia que habia encontrado castigando á los habitantes cruelmente. Diez años más tarde, los oficiales testigos de aquellos sucesos, aun hablaban con horror de sus actos de barbárie. Calleja se apresuró á volver á la capital donde creía encontrar una acojida brillante; pero la recepcion que se le hizo, prueba que no se creyeron sus fanfarronadas ni sus pretendidas victorias. Era evidente para todo el mundo que habia sufrido pérdidas inmensas; que sólo habia conseguido estériles ventajas; que habia hecho odiosa la causa de España con sus crueldades, y que la insurreccion quedaba en toda su fuerza.

V.

Y con efecto, en pocos dias se desarrolló en mayor escala. Morelos, cuya influencia continuaba creciendo, tomó la ofensiva en casi todos los puntos; derrotó el ejército de Fuentes enviado en su persecucion; se apoderó de las ciudades de Chilapa, Tehuacan, Orizaba, Oajaca, Acapulco, Veracruz y Puebla de los Angeles. Numerosas guerrillas, bajo las órdenes de Guadalupe Victoria, recorrían el país entre Veracruz y Jalapa, ocupando todas las posiciones fuertes de esta parte de Méjico. Teran con su division, inquietaba la intendencia de Puebla; Osorno llevaba el espanto hasta los arrabales de Méjico; en tanto que Rayon y otros jefes paseaban triunfante la bandera de la Independencia en las intendencias de Guanajuato, de Valladolid, de Zacatecas y de Guadalajara.

Este período de la revolucion es para los mejicanos de funesta memoria por los asesinatos, atropellos y saqueos que durante él se cometieron. Las ciudades tomadas y recuperadas sufrian las consecuencias de un doble movimiento de reaccion. Las transacciones comerciales eran nulas, porque nadie se atrevia á pasar los géneros entre partidas armadas, sin disciplina y sin piedad. Las minas habian quedado desiertas, y las aguas cubrian libremente los filones metálicos, porque los trabajadores las habian dejado, unos por defender la causa de la patria, otros porque no se les pagaba. Las tierras quedaron incultas en una gran parte del país; escaseaba el trigo, y el poco que habia se vendió á precio muy caro; las enfermedades, más numerosas que antes, se hicieron más intensas y malignas en las Tierras calientes, é invadieron las llanuras altas, donde no se habian conocido anteriormente.

Despues del sitio de Cuantla Amilpas, todos los poderes civiles y militares se concentraron en la persona del general en jefe; pero Morelos se proponia declinar esta pesada carga en manos de un Congreso nacional. Jamás se consideró con otro carácter que con el de delegado de esta Asamblea soberana. Tal abdicacion sin embargo era impropia de un hombre de Estado. La dictadura de Morelos constituia toda la fuerza de su partido. En las difíciles circunstancias en que la anarquía de las opiniones y la falta de cohesion colocaban á los insurgentes de todas las provincias, una reunion de demagogos, celosos de toda autoridad, infatuados con teorías filosóficas ó con viejas preocupaciones, debia agravar el mal en vez de destruirlo. Morelos aspiraba sólo al honor de constituir un Gobierno popular; y para proporcionarle un asilo seguro, se apresuró á someter las ciudades más importantes de la intendencia de Valladolid.